

China y Estados Unidos frente a América Latina

Carlos Escudé

Resumen

Este artículo estudia las consecuencias, para América latina, del ascenso de China como la segunda (y pronto la primera) economía del mundo, y como un gran inversor en la región. También pasa revista a las percepciones de amenaza de la superpotencia en descenso, Estados Unidos, tanto debido a la penetración china en su “patio trasero” como por su competencia económica y geopolítica más general. La conclusión principal es que el ascenso al estatus de superpotencia económica de un país cuya economía se complementa con la de algunos de los principales países sudamericanos, es una buena noticia para la región. El mayor riesgo es el de perder una buena oportunidad debido a incompetencia o corrupción. La experiencia demuestra que los países sudamericanos se pueden defender del peligro de desindustrialización representado por algunas políticas chinas. Respecto de las percepciones de amenaza de los Estados Unidos, el artículo llega a la conclusión de que no se justifican, ya que militarmente el sistema interestatal seguirá siendo unipolar. Por eso, por mucho tiempo, el crecimiento del poder chino no amenazará a países que no sean sus vecinos. La experiencia histórica demuestra que Estados Unidos es una amenaza de seguridad mayor, para América latina, que China.

Palabras clave: América latina. China. Estados Unidos. Cono Sur. Relaciones Internacionales.

Abstract

CHINA AND THE UNITED STATES VIS-À-VIS LATIN AMERICA

This paper reviews the consequences, for Latin America, of the rise of China as the world's second (and soon to be first) economy, and as the most important trading partner of the main South American economies, as well as a very major investor therein. It also documents perceptions of threat in the declining superpower, the United States, both because of China's penetration of its “back yard,” and of wider economic and geopolitical competition. The main conclusion is that the rise to economic superpower status of a country whose economy complements those of major South American countries is good news for this region. The greatest risk lies in jeopardizing the opportunity due to incompetence or corruption. Experience shows that large South American countries can defend themselves from the risk of deindustrialization posed by Chinese policies. Regarding U.S. threat perceptions, the paper concludes that they are not warranted, especially inasmuch as, militarily, the interstate system will remain unipolar. Hence, for a long time to come, the growth of Chinese power will not threaten countries that are not its neighbors. Historical experience shows that the United States poses a greater security threat to Latin America than China.

Keywords: Latin America. China. United States. Southern Cone. International Relations.

Introducción

Para entender el condicionamiento impuesto por las grandes potencias a países periféricos como los latinoamericanos, se necesita explorar por lo menos dos avenidas del saber, profundizando en la historia de casos concretos de relacionamientos norte-sur, y usando los datos provenientes de esos casos para generar conceptos e inducir hipótesis acerca de la naturaleza del orden interestatal.

Nos vamos a concentrar en lo primero, explorando tres casos concretos. El primero será Estados Unidos, para ilustrar de qué manera, por momentos, el principal forjador de normas del sistema interestatal es también el principal violador de sus propias normas, causando daños incontables a países periféricos. El segundo será China, para mostrar cómo su ascenso al primer plano del poder mundial representa una situación inédita para los países latinoamericanos. Y el tercero se concentrará en la situación general del comercio del Cono Sur con la RPC y Estados Unidos, para ilustrar las oportunidades, riesgos y desafíos que ofrece este nuevo orden mundial.

No obstante, antes de volcarnos a nuestros estudios de caso repasaremos el marco teórico en que se asienta mi análisis. Como he demostrado en otros escritos, en el orden interestatal existen tres tipos de Estados con funciones diferenciadas: 1) los que tienen el poder necesario para forjar normas escritas y no escritas; 2) los que no tienen ese poder y se ven obligados a ser tomadores de normas, y 3) los rebeldes que, no teniendo el poder necesario para forjar normas, se niegan a aceptar la “legislación” impuesta por los poderosos, pagando altos costos (ESCUDE 2012).

Este orden es análogo a un mercado en que las unidades más poderosas son formadoras de precios y las más débiles son tomadoras de precios. En el mercado, el rebelde quiebra; en el orden interestatal, el rebelde frecuentemente padece graves y a veces asesinas sanciones. Pero en la cúpula del poder interestatal, el forjador de normas castiga a quien viola sus preceptos, a la vez que no duda en perpetrar violaciones de los mismos si sus intereses se lo exigen.

En los tiempos que corren el mejor ejemplo de este fenómeno es Estados Unidos, seguido por Rusia.

Cuando le viene bien, Washington viola las normas que ella misma contribuye a establecer. Lo hace en cualquier parte del mundo, porque su alcance es global.

La República Popular China (RPC), en cambio, concentra sus energías en su desarrollo socioeconómico. Aunque es una gran potencia, China no posee una presencia global comparable a la de Estados Unidos. Limita sus gambitos geopolíticos más filosos a aguas en disputa de su periferia geográfica. Generalmente, acota estas maniobras a lo indispensable para aumentar su capacidad de asegurarse alimentos e hidrocarburos en caso de que sobrevenga una grave crisis mundial.

Por eso, puede afirmarse que China no constituye un riesgo de seguridad para la soberanía de ningún país de América latina, ni hoy ni en el futuro previsible. Y aunque en ocasiones Beijing puede violar normas interestatales, eso ocurre sólo ocasionalmente porque, concentrada en su desarrollo, la RPC raramente se permite esa latitud de maniobra.

Por cierto, China es una gran potencia que todavía está guiada por el realismo periférico del gran Deng Xiaoping, una doctrina conocida como el “Principio de los veinticuatro caracteres” (JIANG 2008: 31) que desaconseja hacer cosas como las que Rusia hizo en Georgia en 2008 y en Ucrania en 2014. Es quizá por eso que su ascenso económico fue tan rápido. No distrajo energías en competencias geopolíticas que hubieran podido granjearle sanciones y problemas contraproducentes para su rápida modernización.

En consecuencia, el gran forjador y violador de normas formales e informales del sistema interestatal actual es Estados Unidos. Cuando los norteamericanos violan sus propias normas, la peor consecuencia para ellos mismos es el escándalo. Pero cuando los violadores son Estados como los latinoamericanos, las consecuencias para nosotros pueden ser devastadoras. Y si lo que está en juego son intereses geoestratégicos importantes de Estados Unidos, como ocurre en Medio Oriente, el sur de Asia y el Lejano Oriente, el rebelde sufre consecuencias apocalípticas. El mejor ejemplo reciente es la guerra de Irak de 2003.

Hasta el presente, América latina no ha padecido ninguna represalia tan grave como las desatadas contra países del Medio Oriente y el sur de Asia. Pero en el fondo, esto se debe a que la nuestra está mucho más dominada que esas regiones. Por ejemplo, ningún país latinoamericano posee la bomba atómica, a diferencia de países no menos periféricos, como India, Pakistán, Israel y Corea del Norte. Es un hecho significativo, ya que Brasil tiene un PBI mayor que el de Rusia, y muy superior al de estos cuatro Estados nucleares.

Más aún, es sumamente improbable que un país latinoamericano arriesgue las sanciones que sufriría si intentara desarrollar armas atómicas, porque sus electorados castigarían a sus políticos por los padecimientos que sobrevendrían. La estructura de preferencias de nuestras poblaciones no permite el tipo de sacrificio que se necesita para ser tan independiente. Por eso, aún en el caso de la Venezuela bolivariana, los ejemplos de castigos norteamericanos contra países de nuestra región tenderán a ser menos dramáticos que las sanciones contra regímenes rebeldes de otras regiones.

Pero eso no quiere decir que no nos hayan propinado castigos severísimos, como el sufrido por la Argentina durante la Segunda Guerra Mundial por el “delito” de ser neutral. Recordemos que en enero de 1944 el presidente Franklin D. Roosevelt escribía al secretario de Estado Cordell Hull, instruyéndole a: “dar a Brasil una fuerza de combate efectiva de dos o tres regimientos motorizados cercana a la frontera con la Argentina” (FRANK 1979: 65). Y rememoremos las instrucciones del departamento de Estado de febrero de 1945, donde se establecía que: “La exportación de bienes de capital se deberá mantener en los mínimos actuales. Es esencial no permitir la expansión de la industria pesada en la Argentina” (ESCUDE 1983: 270).

Las medidas tomadas entonces contra Argentina son de una magnitud intermedia. La única vez que desde un país latinoamericano se amenazaron los intereses vitales de Estados Unidos fue en ocasión de la crisis de los misiles de Cuba de 1962, y en ese entonces Washington estuvo dispuesta a arriesgar la guerra del fin del mundo. Quien retrocedió del umbral del apocalipsis fue Moscú. El Kremlin

impidió la invasión de Cuba, pero la Casa Blanca impidió el despliegue de misiles en la isla. Fue un mate ahogado de la Guerra Fría.

PARTE I - Estados Unidos como hacedor y violador de normas interestatales: ejemplos de décadas recientes

De cómo la CIA devino en una organización narco-terrorista

Porque el tipo de situación producida en Cuba en 1962 se ha visto raramente en América latina, para conocer la verdadera cara de la superpotencia norteamericana es necesario relevar brevemente sus relaciones con países como Irak y Afganistán, para luego regresar a nuestra región con ánimo comparativo.

Todos hemos oído decir que Estados Unidos libra una guerra contra la droga. No es verdad, como tampoco es verdad que libre una guerra contra el terrorismo. Los norteamericanos libran una guerra contra el terrorismo “malo”, que es el que opera contra sus intereses, pero frecuentemente han armado y financiado el terrorismo de organizaciones extranjeras que luchan contra los enemigos de Washington.

Del mismo modo, Washington libra una guerra contra la droga que llega a su territorio desde Latinoamérica, pero a veces usa el narcotráfico para financiar la tercerización de la violencia con que libra algunas de sus guerras e intervenciones. Entre otros escenarios, esto ocurrió en Nicaragua y Afganistán. Los franceses enseñaron estas artes a los norteamericanos en Indochina, donde las habían ejercido durante décadas (ESCUDE Y SABIO MIONI 2013: 127-142).

En Afganistán el aprendizaje se ejecutó de manera cruda. Lo documenta Robert Dreyfus en su libro *Devil's Game*, donde recuerda que hacia 1973 ya existía una alianza encubierta entre la derecha islamista de ese país y Washington, para oponerse al régimen de Kabul, que era cliente de Moscú (DREYFUS 2005: 256-263).

Más aún, Estados Unidos incitó a la Unión Soviética a invadir, inyectando ayuda secreta a los opositores islamistas del gobierno afgano. El hecho fue revelado en una entrevista a Zbigniew Brzezinski publicada el 15 de enero de 1998 por *Le*

Nouvel Observateur. El ex funcionario afirmó que la orden de Carter de ayudar a los islamistas se emitió medio año antes de la intervención de la URSS, y que su intención fue siempre provocar una invasión. Esta estrategia continuó hasta el fin de la Guerra Fría. A la vez, la CIA imprimía miles de ejemplares del Corán para distribuir en el Asia Central soviética (SCOTT 2007: 127).

Cuando Ronald Reagan asumió la presidencia, el director del servicio de inteligencia francés propuso a la Casa Blanca interrumpir la destrucción de la droga confiscada por las agencias norteamericanas y suministrarla subrepticamente a los soviéticos en Afganistán (COOLEY 2002: 105-107). Reagan transmitió la idea a William Casey, director de la CIA, y éste se puso en contacto con el entonces vicepresidente George Bush (p.), con quien ejecutó la propuesta.

En realidad, Washington fue más lejos de lo propuesto por el francés. El punto de inflexión llegó cuando Casey consiguió que el fiscal general de los Estados Unidos, William French Smith, exceptuara a la CIA del requisito legal de informar sobre el contrabando de drogas realizado por sus propios agentes y funcionarios. Lo hizo en un memorial secreto del 11 de febrero de 1982, dos meses después que Reagan autorizara apoyo encubierto de la CIA para los Contras de Nicaragua. Tuvo vigencia hasta 1995, a mediados de la primera gestión de Clinton: o sea, durante 13 años (COOLEY 2002: 111; Mc COY 2003: 495).

Gracias a esta duplicidad, el financiamiento de operaciones encubiertas con dinero de la droga podía llevarse a cabo paralelamente a la política oficial de condena al narcotráfico. Además, los ingresos del narcotráfico de Estado permitían evitar el uso de fondos públicos sometidos al escrutinio de las agencias de contralor del gobierno y del Congreso. Esta estrategia fue llevada a cabo en Afganistán durante la década del '80; luego nuevamente, en Kosovo a fines de los '90, y otra vez en Afganistán a partir de los atentados de 2001.

Pero lo más relevante es que, en la década del '80, el opio y la heroína contribuyeron a financiar una "legión extranjera árabe" en Afganistán. Más de 100.000 militantes islamistas fueron entrenados en

Paquistán entre 1986 y 1992, en campos supervisados por la CIA y el MI6, a la vez que el *Special Air Service* británico (SAS) entrenaba a la futura al-Qaeda y a los combatientes talibanes en la fabricación de bombas y otras artes. Sus líderes eran entrenados en un campo de la CIA en Virginia y en el centro al-Kifah de Brooklyn, Nueva York (PILGER 2003 Y SCOTT 2007: 123).

Esto se llamó 'Operación Ciclón' y continuó mucho después de la retirada soviética de 1989. Funcionarios encubiertos de la agencia que ocupaban cargos consulares norteamericanos reiteradamente adjudicaron visas a conocidos terroristas que estaban en la lista negra del Departamento de Estado. Una vez en Estados Unidos, éstos desarrollaban sus actividades en alguna de las numerosas filiales de la red de al-Kifah, conocida como MAK (SCOTT 2007: 115 Y 123).

Un artículo publicado en agosto de 2001 por la afamada *Jane's Intelligence Review* informa que MAK canalizó miles de millones de dólares occidentales a la yihad afgana, gracias a la CIA y el MI6 británico. Egipto contribuía con la liberación de terroristas presos: un ejemplo fue Ayman al-Zawahiri, consejero de Bin Laden (HIRSCHKORN 2001).

Posteriormente, ya bajo el gobierno de Bill Clinton, hubo una aproximación norteamericana a los talibanes, que habían derrotado a los soviéticos y sus aliados en Afganistán. Los talibanes eran fundamentalistas que no toleraban el consumo de drogas, y en 2000 prohibieron la producción de amapolas, algo revolucionario en un país que vive de ese cultivo y sus subproductos (MUKARJI 2003: 22-23).

Pero a la vez, los talibanes veían con buenos ojos el accionar de al-Qaeda en territorio afgano. Eventualmente llegaron los atentados del 11 de septiembre de 2001. Inmediatamente, los norteamericanos lanzaron la segunda guerra de Afganistán. Y para librar esa guerra, Estados Unidos se apoyó, entre otros, en la Alianza del Norte, un conjunto de tribus que, a diferencia de los talibanes, había más que duplicado la producción de opio en su propia región del país (SCOTT: 117).

Gracias a Washington, pues, a partir de 2002 la producción de opio de Afganistán aumentó en un 657%, pasando a representar un 92% del total mundial. Según las Naciones Unidas, en 2002 la superficie bajo cultivo era de unas 45,000 a 65,000 hectáreas, mientras en 2001 había caído a aproximadamente 7,606 hectáreas (MUKARJI 2003: 21). Y todo esto, a pesar de la “guerra contra la droga” proclamada primero por Clinton y luego por el hijo de Bush.

La “guerra contra las drogas” en América latina

Si frente al narcotráfico Estados Unidos ha adoptado en nuestra región una actitud opuesta a la que aplicó en Afganistán, es porque nuestras drogas llegan a su propio territorio, causando estragos en su sociedad. No hay principios en juego; sólo intereses. Y los más “malos” de la película no son nuestros narcos, ya que ellos no existirían de no ser por la intensa demanda norteamericana de sus productos.

Por cierto, más allá de la prohibición, si la producción o adquisición de un producto prohibido es factible, una alta demanda genera una oferta. Esta regla es tanto más válida para países con multitudes sumidas en la pobreza extrema, dispuestas a enfrentar cualquier riesgo (BUXTON 2006: 101-102).

Por otra parte, si nos detenemos a pensar sobre lo que sucede en el interior de los países involucrados, observamos un esquizofrénico conflicto. El mercado estadounidense demanda narcóticos al mismo tiempo que su Estado los prohíbe. Y cuando Washington consigue la alianza de algún Estado clave de nuestra región para luchar contra el flagelo, también en ese país el Estado entra en conflicto con el mercado local.

En tales casos tenemos dos Estados, un hacedor de normas y un tomador de normas, que tienen una alianza asimétrica entre sí a la vez que libran una guerra contra sus propios mercados de oferta y demanda. Pero debido a las asimetrías entre ambos, el hacedor de normas exigirá que el tomador de normas reprima su oferta de narcóticos con mayor fuerza que la que él ejerce contra su propia demanda. De tal manera, la violencia que resulta de la “guerra contra las

drogas” es en gran medida absorbida por el subordinado tomador de normas (BUXTON 2006: 32).

El caso más elocuente es el de la sociedad entre Estados Unidos y México, donde según parece cuanto mayor es la cooperación con Washington, mayor es la violencia padecida por el socio periférico de la alianza. Eso es, por lo menos, lo que sugiere la experiencia del presidente Felipe Calderón (2006-2012), que se lanzó a una intensa ofensiva contra los cárteles. Simultáneamente, la tasa de homicidios intencionales cada 100.000 habitantes saltó de 8,1 en 2007 a 23,7 en 2011 (UNDOC 2013). La moralina es aleccionadora. Cooperar con Washington puede ser fatal.

Pero no cooperar también puede serlo. Un ejemplo no menos elocuente es lo que estuvo a punto de suceder en Bolivia entre 2006 y 2008. Frente a la negativa del gobierno de Evo Morales a erradicar la cosecha de coca, que es una tradición de largo arraigo en el Altiplano, Washington nombró embajador en La Paz a Philip Goldberg.

En la etapa anterior de su carrera, Goldberg había sido uno de los arquitectos de la secesión de Kosovo. En aquellos tiempos en que la amenaza de secesión de los departamentos bolivianos de Santa Cruz de la Sierra y Tarija era digna de tenerse en cuenta, el nombramiento de Goldberg constituía una amenaza seria. Parecía claro que Washington estaba dispuesta a apelar a cualquier medio para desestabilizar a Morales.

Pero en septiembre de 2008, después de comprobar sus relaciones sospechosas con la oposición de los departamentos separatistas, Morales echó a Goldberg de Bolivia, con el fuerte apoyo de los gobiernos de Argentina, Ecuador, Nicaragua, Paraguay, Uruguay, Venezuela y otros pueblos hermanos (MORALES AGUILERA 2008).

La historia demuestra que Washington no tiene empacho en engendrar separatismos, guerras o invasiones. En los tiempos actuales raramente lo hace en nuestra región porque sus intereses no lo exigen. Pero no olvidemos que la última secesión de América latina, la de Panamá, fue provocada por Estados Unidos en 1903.

Si en el siglo XXI Bolivia pudo evitar ese destino sin dejar de producir la hoja de coca, fue por el apoyo

diplomático de la mayor parte de nuestros países. Para Washington no valía la pena quedar mal con tantos gobiernos por algo tan trivial. En cambio, la competencia geopolítica con Moscú en Serbia era más importante, y allí no le tembló el pulso.

PARTE II - China, una gran potencia por ahora benigna

Introducción

Por falta de poder militar, a China le resultaría imposible realizar operaciones como las descritas en la sección sobre Afganistán, excepto en su periferia geográfica. Tampoco le resultaría fácil promover la secesión de un departamento boliviano, por lo menos por ahora. China puede hacer cosas terribles en el Tibet, mientras Estados Unidos puede hacerlas en todo el planeta excepto en la periferia geográfica rusa.

Por ese motivo, para quienes estamos lejos, Beijing es menos peligroso que Washington. Además, porque somos parte de la periferia de Estados Unidos, llegado el momento Washington podría defendernos de Beijing, pero Beijing no podría ni querría defendernos de Washington. Por eso, como socia en lo económico, China ofrece pocos riesgos de seguridad. El mayor riesgo es el de hacer malos negocios.

Es importante enfatizarlo porque la RPC no tiene una buena imagen. Nadie osaría afirmar que es un Estado respetuoso de los derechos humanos. No lo es, y esto es algo que frecuentemente se usa en su contra. Pero China nunca pretendió ser una nación cuya identidad misma se base en ese respeto, como lo hace Estados Unidos. En este plano, la RPC no nos desilusiona porque nunca esperamos mucho de ella.

Por otra parte, según cálculos del semanario británico *The Economist*, a partir de 2019 el PBI chino ya será mayor que el norteamericano y se despegará rápidamente, superando ampliamente a Estados Unidos hacia 2025. Y este es un hecho que tiene grandes y positivas consecuencias para el Cono Sur de las Américas.

Por cierto, lo que acontece actualmente en el mundo es excepcional. Por primera vez desde que terminó la Segunda Guerra Mundial vivimos tiempos de transición hegemónica. En 1945

Estados Unidos se había convertido en la superpotencia dominante, cuando producía la mitad de la riqueza del orbe y era el único país con la bomba atómica. En 1949, cuando Moscú adquirió la bomba atómica, el mundo se volvió bipolar. En 1989, con el colapso de la Unión Soviética, Estados Unidos pareció destinado a ser regente y brújula del planeta. Pero los errores de toda índole cometidos desde el 11 de septiembre de 2001, sumados a la crisis de 2008 y el ascenso económico de China, cambiaron radicalmente esa perspectiva. Por ahora, la transición hegemónica se limita al ámbito económico del orden mundial, pero ya se palpa claramente en América del Sur.

La nueva presencia china en América del Sur

China se hizo notar en Sudamérica en noviembre de 2004, cuando el presidente Hu Jintao nos visitó. Desde entonces, los analistas norteamericanos apuntaron sus antenas a estas relaciones, conscientes de que la hegemonía de su país en la región podía comenzar a ser disputada. Y cuando en 2008 Beijing publicó su “Libro blanco sobre América latina”, no quedaron dudas acerca de las aspiraciones de la superpotencia en ciernes. Allí, el gobierno chino afirmó su estímulo y apoyo a las empresas de su país para la inversión en “manufactura, agricultura, silvicultura, pesquería, energía, recursos mineros, construcción de infraestructura, servicios, etc.”, a la vez que nos propuso “fomentar juntos la seguridad alimentaria”.

El anuncio no quedó en retórica vacua. Hacia fines de 2013, en inversiones hidroeléctricas y de transmisión de energía eléctrica solamente, China ya había comprometido:

- En Argentina, proyectos por un total de 4700 millones de dólares.
- En Brasil, uno de los contratos principales para el proyecto Belo Monte (que producirá 11,2 GW), e inversiones adicionales por un total de por lo menos 3400 millones de dólares en el campo de la transmisión de electricidad.
- En Ecuador, siete proyectos acordados total o parcialmente a contratistas chinos, por un total de 4236 millones de dólares.

- En Bolivia, un proyecto de 1300 millones de dólares.
- En Guyana, un proyecto por 840 millones. (ELIS 2013)

En otros rubros, se tienen noticias de inversiones por:

- 28.000 millones de dólares en créditos a Venezuela y 16.300 millones para el desarrollo petrolífero en el Orinoco;
- 5000 millones de dólares para una planta siderúrgica en el puerto brasileño de Açu; otros 3100 millones como participación en un desarrollo petrolífero offshore brasileño concesionado a la empresa noruega Statoil; un crédito de 10.000 millones para Petrobras, y otros 1700 millones para comprar siete empresas brasileñas de electricidad;
- 1000 millones de dólares como pago adelantado por petróleo ecuatoriano;
- 4400 millones de dólares para el desarrollo de minas en Perú. Etcétera. (ELLIS 2011)

Finalmente, la importante noticia de principios de 2014 fue que una empresa estatal china compró el 51% de la cerealera Nidera, con sede en Holanda y grandes operaciones en la Argentina.¹

El gran salto en materia de inversiones chinas se produjo en 2009, precisamente cuando resultaba más relevante para América latina, ya que como consecuencia de la crisis internacional comenzaban a escasear los fondos provenientes de fuentes más tradicionales. No es una casualidad que en mayo de ese año, el presidente Luiz Inácio Lula da Silva haya viajado a Beijing para asegurar la cooperación china en la explotación de las nuevas reservas brasileñas de petróleo.

Bastante antes, algunos estadistas latinoamericanos ya habían comprendido el enorme potencial representado por el mercado y los capitales chinos. En Chile, por ejemplo, la pieza central de la política económica internacional de los presidentes Ricardo Lagos y Michelle Bachelet fue el comercio sino-chileno. Es así que el primer acuerdo de libre comercio entre China y un país latinoamericano fue firmado con Chile en 2005. Posteriormente, Perú (2009) y Costa Rica (2011) siguieron por el mismo camino, de

modo que a la fecha ya hay tres tratados de libre comercio entre países de la región y China, poniendo una lápida simbólica al frustrado proyecto hegemónico norteamericano, el ALCA.

Una de las ventajas de la RPC a la hora de dar grandes saltos como el orquestado en América latina es su capacidad para articular grandes paquetes en los que están simultáneamente involucrados el gobierno, los bancos y las empresas. La cuestión fue planteada con elocuencia al *Wall Street Journal* por el presidente de Petrobras, José Sergio Gabrielli de Azevedo, cuando comentó: “Los Estados Unidos tienen un problema. No hay nadie en el gobierno norteamericano con quien podamos sentarnos para discutir el tipo de cosas que discutimos con los chinos” (LYONS 2009).

Por cierto, el sistema chino de negociación hace posible que los sectores estatal, financiero y empresarial operen en forma conjunta para concretar negocios estratégicamente importantes para su país. Ésta es una herramienta muy útil, especialmente para negociar inversiones en el sector energético. Las tres cuartas partes de las reservas mundiales de petróleo están en manos de enormes empresas petroleras que tienen gran poder de negociación y que están controladas por Estados. El método chino reduce ese poder de las grandes empresas: su *modus operandi* le permite ofrecer más y por lo tanto exigir más, convirtiendo este tipo de negocio en una suerte de geopolítica del petróleo donde los acuerdos son de gobierno a gobierno.

Es por medio de esta metodología como, por ejemplo, China ha conseguido representar el 40% de la producción petrolera no estatal de Ecuador, a la vez que avanza en la negociación de un proyecto ferroviario para el sector minero de ese país. Y al mismo poderoso instrumento de negociación debe atribuirse que haya conseguido una presencia protagónica en los campos petrolíferos venezolanos de Maracaibo y Anzoátegui, a la vez que crece su participación en la extracción de carbón, bauxita, hierro y oro en el país bolivariano.

La estrategia china en América latina está cuidadosamente diseñada. Para evitar que los organismos intergubernamentales de la región

sean usados contra sus intereses por Estados Unidos, en 2004 obtuvo status de observador en la Organización de Estados Americanos (OEA) y en 2009 se convirtió en miembro del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Avanzando en esa dirección, en enero de 2014 la RPC dijo presente en la segunda reunión de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). Allí se creó el Foro China-CELAC, que le permitirá relacionarse con la región sin la interferencia de Estados Unidos, que no es miembro de CELAC.

No sin razón, el analista norteamericano Evan Ellis dice que esta exitosa gestión del presidente Xi Jinping demuestra, irónicamente, la falsedad del argumento que supone que una organización regional que excluye a Estados Unidos, como CELAC, no puede hacer nada relevante. También es evidente que, de algún modo, esta quinta generación de líderes de la RPC se atreve a más frente a Washington que las anteriores. (ELLIS 2014)

No obstante, los chinos se cuidan mucho de no ofender a Estados Unidos, porque no tienen nada que ganar con la confrontación y porque nada hay tan valioso para ellos como preservar el masivo mercado de consumo norteamericano y canadiense.

China y la paranoia norteamericana

Pero esta cautela no impide cierta paranoia en círculos especializados estadounidenses. Un ejemplo es una publicación de 2007 del Instituto de Estudios Estratégicos del *U.S. Army War College*. Se titula “La expansión china y el retroceso norteamericano en la industria espacial y de telecomunicaciones de la Argentina, y sus implicancias para la seguridad nacional de los Estados Unidos” (HULSE 2007).

Otro ejemplo es el pensamiento del Gral. Bantz J. Craddock, quien hasta 2006 fue Comandante del Comando Sur de los Estados Unidos. En su testimonio de 2005 ante el Comité de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes de su Congreso, dijo a los legisladores que en el año anterior (que había sido el de la visita del presidente Hu Jintao a Argentina, Brasil, Chile y Cuba) China había anclado en nuestra región el

50% de sus inversiones de ultramar. Citando el “Libro blanco de estrategia de defensa” de la RPC, observó que Beijing busca adquirir la capacidad militar necesaria para proteger sus rutas de navegación. Aunque reconoció que estos planes todavía no constituyen amenazas, dijo que Estados Unidos debe tenerlos muy en cuenta a la hora de planificar su propia estrategia hacia nuestra parte del mundo (109th CONGRESS HOUSE ARMED SERVICES COMMITTEE 2005).

Su preocupación es exagerada pero se ancla en datos que no deben ignorarse. Considérese que dos de los cuatro puertos situados estratégicamente a la vera del Canal de Panamá están controlados por una empresa china de Hong Kong, Hutchison Wampoa (TOKATLIÁN 2008).

A esto se suma el hecho de que la marina de guerra china ya posee más submarinos que la rusa, y se calcula que en la próxima década se convertirá en una armada bioceánica, la única en el mundo que compartirá esa condición con la norteamericana. La suya es una estrategia naval complementada por satélites y misiles, y centrada en el sigiloso submarino de ataque clase Song. Recientemente, durante un momento de tensión cerca de Taiwan, un submarino chino sorpresivamente salió a la superficie dentro del perímetro defensivo del portaaviones norteamericano USS Kitty Hawk, sin que la poderosa nave ni sus escoltas detectara al sumergible (BROOKINGS 2008).

No sorprende entonces que, en el Informe Cuatrienal de 2006 del Departamento de Defensa de los Estados Unidos, se afirme que China es el país que más posibilidades tiene de competir militarmente con Estados Unidos. Y en el Informe de 2010 se expresa aún mayor inquietud por una supuesta falta de transparencia acerca de los objetivos de su expansión y modernización militar, preocupación que se reitera en el Informe de 2014. (U.S. DEPARTMENT OF DEFENSE, 2006, 2010 Y 2014)

Obviamente, la presencia china en América latina no representa riesgos para la seguridad nacional norteamericana, por lo menos por ahora. Pero más de una política estadounidense puede verse desbaratada por esa presencia. Por ejemplo, según informó UPI en noviembre de 2008, cuando Estados Unidos bloqueó la venta a Bolivia de

aviones de combate producidos por la República Checa, Evo Morales recurrió a China, que le vendió su modelo K-8. De igual manera, Venezuela compró 18 de estos cazas chinos.

Por cierto, la tentación de comprar equipos militares a Beijing, que son más baratos que los norteamericanos, es cada vez mayor para los países sudamericanos, no solamente por su valor intrínseco sino porque aportan la posibilidad de abrir un nuevo nicho de intercambio que aumente nuestro poder de negociación.

Por ejemplo, es muy difícil convencer a los chinos que la Argentina, por caso, tiene la legítima pretensión de venderles no sólo el poroto de soja, sino también derivados con valor agregado como el aceite y la harina. Pero si se puede ofrecer un *quid pro quo*, reequipando sus fuerzas armadas con equipos chinos, puede abrirse la posibilidad de que el socio chino se convierta en un peligro menor de desindustrialización que el que representa en este momento.

Por su parte, los chinos están conscientes de que despertar inquietudes en Estados Unidos no les conviene, y es por eso que su diplomacia se esfuerza por enfatizar que lo último que quieren es disputarles su “patio trasero” (una expresión usada sin falso pudor por analistas chinos dedicados a estas cuestiones). Pero esa cautela retórica no altera sus planes: Beijing legítimamente necesita de este “patio trasero” para comprar alimentos y materias primas sin los cuales no tendrá seguridad. Por eso, sus vínculos con nuestros países avanzan en todos los ámbitos.

Un buen ejemplo es el programa sino-brasileño de desarrollo y lanzamiento conjunto de satélites para el monitoreo de recursos terrestres, conocido como CBERS. El programa se inauguró en 1999 con el lanzamiento del satélite CBERS-1, y se actualizó en 2003 con el CBERS-2. En 2007 se lanzó el más avanzado CBERS 2-B y en diciembre de 2013 fracasó el lanzamiento del CBERS-3. El CBERS-4 probablemente sea lanzado en 2014. Los cohetes empleados son chinos y se lanzan desde una base china, financiándose en forma conjunta.

Estos fueron los antecedentes brasileños que inspiraron el Acuerdo Marco de Cooperación Técnica para el Uso Pacífico del Espacio

Ultraterrestre, suscrito en 2004 entre la Argentina y China durante la visita del presidente Hu Jintao. En 2005 se avanzó con la firma de un convenio de asesoría técnica para la fabricación de satélites, y en abril de 2013 se lanzó el primer nano satélite argentino, el “Capitán Beto”, desde el Centro Espacial de Jiuquan, en China.

Simultáneamente, en 2010 comenzó a estudiarse la posibilidad de que una antena satelital para el programa espacial chino sea instalada en la Argentina. En teoría, este tipo de equipo facilitaría un (muy improbable) ataque chino contra satélites de terceros países (léase norteamericanos). Digno es de señalarse que, en 2007, la China destruyó uno de sus propios satélites con un misil, demostrando su capacidad para ese tipo de acción bélica.

Otra cuestión que inquieta a los sectores más paranoicos en Estados Unidos es la penetración alcanzada en la América latina por las empresas chinas de telecomunicaciones, Huawei y ZTE. Su despegue comenzó a partir de 2001, cuando las empresas norteamericanas comenzaron a retirarse debido a la crisis económica argentina. Inevitablemente, los incentivos estratégicos acordados por el gobierno chino, que no tienen paralelos en Estados Unidos, permiten aprovechar oportunidades que un capitalismo de mercado puro desaprovecha.

Huawei, una empresa privada, se ha expandido por varios países de la región, incluyendo Brasil y Venezuela. Una de sus ventajas es ser una proveedora principalísima del Ejército Popular de Liberación (EPL), que es el brazo armado del Partido Comunista Chino.

A través del tutelaje del EPL, Huawei ha establecido redes de telecomunicaciones militares en todo el territorio chino. Como consecuencia, fue distinguida por el gobierno de su país como “campeón de la nueva tecnología”, un galardón que le da acceso privilegiado a créditos multimillonarios que facilitan su expansión internacional. Es así como funciona el complejo militar-industrial chino.

En el caso de la expansión de estas empresas en el hemisferio occidental, lo que algunos sectores norteamericanos temen es que, en combinación con tecnología satelital, sus equipos sean

utilizados para el espionaje y la guerra informática contra Estados Unidos. Por cierto, la doctrina militar china oficialmente declara que la guerra informática es una manera efectiva de neutralizar asimetrías de poder militar. Y para más datos, según un trabajo de 2005 de la conservadora *Heritage Foundation*, China y Brasil han cooperado en el desarrollo de satélites espía. (JOHNSON 2005)

No obstante, y paradójicamente, según *The New York Times* del 22 de marzo de 2014, fue la Agencia Nacional de Seguridad (NSA) de los Estados Unidos quien se infiltró en los servers de la sede central de Huawei en Shenzhen, China. La información proviene de documentos filtrados por Edward Snowden. En la vida real, el espionaje no fue chino sino norteamericano.

China y Estados Unidos: condenados a cooperar

No obstante, a pesar de la competencia entre ambos países, Estados Unidos y China se necesitan mutuamente. Como consecuencia, el orden internacional tiene, a pesar de todo, un importante margen de estabilidad.

En el presente, Estados Unidos es el principal socio comercial de China, a la vez que ésta es el segundo socio más importante de Estados Unidos, después del vecino Canadá. Es verdad que el déficit comercial norteamericano con China es gigantesco. Pero según las progresiones, el mercado consumidor chino pronto será el segundo más importante del mundo. Los chinos comprarán cada vez más, de modo que el desequilibrio comercial bilateral sino-norteamericano se irá cerrando paulatinamente.

Es verdad que, en el plano geopolítico, las dos potencias son competidoras. En diciembre de 2013, por ejemplo, se produjeron episodios de tensión en el Mar de la China Meridional, cuando el crucero norteamericano USS Cowpens traspasó el perímetro de defensa del portaaviones chino Liaoning y fue ordenado a detenerse. Los norteamericanos no obedecieron y entonces los chinos pusieron un barco de transporte frente al

crucero, que debió frenar bruscamente so pena de estrellarse contra la nave china. Según el análisis de una conocida agencia privada norteamericana de inteligencia, la RPC sueña con proclamar su propia “Doctrina Monroe” en los mares que circundan su territorio y el de varios vecinos (STRATFOR 2013).

No obstante, incluso en esta delicada esfera de la geopolítica militar, la cooperación parece a veces un destino compartido entre Estados Unidos y China. Por ejemplo, cuando en 2006 el mundo se enteró, alarmado, de que Corea del Norte había detonado un artefacto nuclear, los chinos comprendieron que la proliferación es peligrosa para todos, y en su condición de miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se avinieron a votar sanciones contra su díscolo vecino.

No deja de ser auspicioso. A pesar de que el principio de “jamás asumir un papel de liderazgo” es una de las casi canónicas “seis recomendaciones” de Deng Xiaoping, que son casi obligatorias para la cultura política china (JIANG 2008: 31), Beijing lentamente asume las responsabilidades de una gran potencia que cuida el orden mundial. Su papel de Estado contestatario, disconforme con el *statu quo* internacional, ya es cosa de un pasado que parece lejano, a la vez que su realismo periférico pasivo de tiempos de Deng también está quedando atrás.

China es una gran potencia que contribuye a forjar normas interestatales. Tiene poder de veto *de jure* y *de facto*. Pero su accionar global es, por ahora, mucho más benigno que el de Estados Unidos.

Mientras tanto, siguiendo el mejor ejemplo norteamericano, en Beijing ya se imparte un curso de educación militar profesional de cinco meses de duración, destinado a oficiales latinoamericanos de mediana graduación. Y emulando tanto a europeos como a estadounidenses, China intenta ser mejor comprendida por los latinoamericanos a través de una política cultural que hasta la fecha ha incluido la creación de veinte filiales del Instituto Confucio.

CONCLUSIONES - El Cono Sur de cara a la RPC y Estados Unidos

A test case: la crisis del aceite de soja argentino de 2010

Como se ha dicho, aunque en el plano militar el mundo está todavía muy lejos de una transición hegemónica, en la esfera económica ésta es casi un hecho. China va a desplazar a Estados Unidos como el primer PBI del mundo.

Por otra parte, comercial y económicamente la RPC nos necesita y nosotros necesitamos de ella, aunque nosotros la necesitemos más que ella a nosotros. La relación es asimétrica porque el poder económico chino es sobrecogedor. No es una relación Sur-Sur, cómo dice Beijing diplomáticamente, sino Norte-Sur. Pero China es una fuente de oportunidades.

Si nos dejamos estafar, el peligro de desindustrialización y de reprimarización de nuestros sectores agropecuarios es muy grande. Pero éste es un riesgo controlable, como ya lo demostró la Argentina en 2010, cuando el gobierno chino decidió prohibir la importación de su aceite crudo de soja.

Por cierto, como recuerda Eduardo Daniel Oviedo, el argumento oficial de Beijing fue la aplicación de una disposición china que establece un límite máximo de 100 partes por millón de residuos de hexano para los embarques de aceite crudo de soja (OVIEDO 2011).² Aunque esa norma china había entrado en vigencia en octubre de 2004, no había sido aplicada debido a un acuerdo entre ambos gobiernos.

Pero en 2010 China hizo caso omiso del acuerdo e interrumpió sus compras. En la opinión de los técnicos argentinos, los orientales deseaban comprar aceite refinado pero pagar por aceite crudo. El estándar establecido por la norma china era más exigente que el internacional. En lo esencial se trató de “una jugada para provocar el desplome del precio del aceite de soja y proteger su propia industria aceitera de la competencia argentina, para lo cual buscan importar más porotos y menos producto terminado” (WASILEVSKY 2010).

Para compensar la interrupción de sus compras en Argentina, China acudió a la importación

desde Brasil y Estados Unidos, sin aplicar la norma mencionada, y a pesar de que el aceite crudo argentino estaba más cerca del estándar exigido por esa norma que el de esos mercados alternativos (CIARA 2010). Se trató, claramente, de una traba para arancelarla.

En esas circunstancias, el gobierno argentino aplicó un cierto realismo periférico, evitando ejercer el derecho al pataleo en foros multilaterales, pese a que China estaba en violación de principios de la OMC. En vez de apelar a una táctica de conflicto diplomático multilateral, Buenos Aires se limitó a defenderse comercialmente. Desvió una parte del aceite de soja excedente hacia otros mercados, y otra parte hacia la producción y eventual exportación de biocombustible.

La táctica dio resultados. Mientras en los primeros once meses de 2009 el complejo sojero representó el 23,7% de las exportaciones, sin contar biocombustibles, en los mismos meses de 2011 ese guarismo subió al 26%. Y en el mismo periodo, las exportaciones de biodiesel se incrementaron de 811 a 1.101 millones de dólares.

Así, el problema tuvo un final feliz, demostrándose que países como los del Cono Sur pueden defenderse contra los intentos chinos de captar cada vez más valor agregado, desindustrializándonos. Este problema se repetirá muchas veces, pero la libertad de ponerle límites a la ambición china es nuestra. En verdad, en este plano la pulsión china por intentar sacar ventajas no es mayor ni más alarmante que la de ningún otro Estado.

Por eso, y más allá de los imponderables de la historia, parece claro que la posibilidad de una sociedad mutuamente ventajosa entre nuestros países y la RPC existe. Si llega a plasmarse o no dependerá principalmente de nuestra idoneidad.

El estado actual de la relación comercial entre la RPC, Estados Unidos y el Cono Sur de las Américas

El potencial de la relación entre nuestros países y China queda ilustrado por el conocido hecho de que la RPC ya es el principal cliente de Brasil y de Chile, a la vez que es el segundo de la Argentina, después de Brasil.

Su presencia se ha traducido en un cambio estructural visible en la matriz del comercio latinoamericano. Por cierto, el comercio del total de América latina con Beijing había sido insignificante hasta que, entre 1975 y 2005, el intercambio de la región con la RPC trepó de 200 a 47.000 millones de dólares. Fueron tres décadas en las que fue surgiendo una relación nueva, producto del desarrollo chino y de la creciente necesidad de Beijing de obtener seguridad alimentaria y energética en ultramar. (ELLIS 2011: 1)

En medida variable según país, existe mayor complementariedad económica entre China y los países del Cono Sur que entre éstos y Estados Unidos. Este hecho estructural (que no es generalizable a otros países latinoamericanos como México y Colombia) se vislumbra claramente en la estructura actual del comercio exterior de nuestros países, tal como se registra en la Tabla:

Tabla: Principales Socios de Comercio Exterior de los Países del Cono Sur

Fuente: CIA, *The World Factbook* 2014

Exportaciones de Argentina:

Brasil 20,4%; China 7,4%; Chile 6%, EE.UU. 5,2% (2012)

Importaciones de Argentina:

Brasil 27,2%; EE.UU. 15,6%; China 11,9%; Alemania 4,5% (2012)

Exportaciones de Brasil:

China 17%, EE.UU. 11,1%; Argentina 7,4%; Holanda 6,2% (2012)

Importaciones de Brasil:

China 15,3%; EE.UU. 14,6%; Argentina 7,4%; Alemania 6,4%, Corea del Sur 4,1% (2012)

Exportaciones de Chile:

China 23,3%; EE.UU. 12,3%; Japón 10,7%; Corea

del Sur 5,8%; Brasil 5,5% (2012)

Importaciones de Chile:

EE.UU. 22,9%; China 18,2%; Argentina 6,6%; Brasil 6,5% (2012)

Exportaciones de Paraguay:

Uruguay 17,7%; Brasil 16,4%; Argentina 15,6%; Rusia 12% (2012)

Importaciones de Paraguay:

Brasil 24,2%; China 19,5%; Argentina 18,3%; EE.UU. 11,5% (2012)

Exportaciones de Uruguay:

Brasil 18,6%; China 17,9%; Argentina 6,2%; Alemania 4,3% (2012)

Importaciones de Uruguay:

China 16,4%; Brasil 14,9%; Argentina 14,6%; EE.UU. 9,1%; Paraguay 7,3% (2012)

Como se ve, Estados Unidos ya fue desplazado como socio comercial principal de los países del Cono Sur. Y todo parece indicar que China es el mejor socio posible de Suramérica: una superpotencia económica, pronto la primera del mundo, que no puede amenazarla militarmente. Esta ventaja se potencia para el caso de aquellos países que, como Argentina, Brasil y Chile, tienen economías que se complementan claramente con la china.

Los riesgos existen y deberán ser administrados. Proviene tanto de China como de Estados Unidos. No es imposible, incluso, que el mayor forjador y violador de normas del planeta, Washington, intente desplazar a Beijing de nuestra región con medios ilícitos.

Pero que exista un país dispuesto a comprarnos e invertir más que Estados Unidos es una buena noticia ■

Bibliografía

- BROOKINGS INSTITUTION, 2008, minutas de la reunión del 30 de abril acerca del libro *China's Expansion into the Western Hemisphere: Implications for Latin America and the United States*, Washington DC.
- BUXTON, J., 2006, *The Political Economy of Narcotics: Production, Consumption and Global Markets*, New York: Zed Books.
- CIARA, "Empresarios criticaron a China por trabas a la importación de soja", comunicado del 7 de abril de 2010, disponible en <http://www.iprofesional.com/index.php?p=nota&id=x=96732>. Acceso el 30 de marzo de 2014.
- COOLEY, J., 2002, *Unholy Wars: Afghanistan, America and International Terrorism*, Londres y Sterling VA: Pluto Press.
- DREYFUS, R., 2005, *Devil's Game: How the United States Helped Unleash Fundamentalist Islam*, Nueva York: Holt Paperbacks.
- ELLIS, R.E., 2011, "Chinese Soft Power in Latin America: A Case Study", *JFQ*, Nº 60:1, p. 87.
- ELLIS R.E., "Are Big Chinese Energy Investments in Latin America a Concern?", *The Manzella Report*, 23 de noviembre de 2013.
- ELLIS, R.E., "China's Strategy in Latin America Demonstrates boldness of President Xi", *The Manzella Report*, 19 de febrero de 2014.
- ESCODÉ, C., 1983, *Gran Bretaña, Estados Unidos y la Declinación Argentina, 1942-1949*, Buenos Aires: Ed. de Belgrano.
- ESCODÉ, C., 2012, *Principios de realismo periférico – vigencia de una teoría argentina ante el ascenso de China*, Buenos Aires: Lumière.
- ESCODÉ C. y SABIO MIONI, M., 2013, *Radiografía universal de la Infamia: viñetas sobre el estado de mundo en nuestro tiempo*, Buenos Aires, Ed. Lumière.
- FRANK, G., 1979, *Struggle for Hegemony: Argentina, Brazil and the Second World War*, Somerset NJ: Transaction Publishers.
- HIRSCHKORN et al, "Osama Bin Laden and the Al Qaeda Group", *Jane's Intelligence Review*, 1º de agosto de 2001.
- HULSE, J., 2007, "China's Expansion into and U.S. Withdrawal from Argentina's Telecommunications and Space Industries, and the Implications for U.S. National Security", Carlisle, PA: Strategic Studies Institute, U.S. Army War College.
- JIANG S., 2008, "The Chinese Foreign Policy Perspective", en Roett y Paz (comps.) 2008.
- JOHNSON, S., "Balancing China's Growing Influence in Latin America", *Backgrounders*, Nº 1888, The Heritage Foundation, 24 de octubre de 2005.
- LE NOUVEL OBSERVATEUR, enero 15-21 de 1998.
- LYONS J., "Brazil Turns to China to Help Finance Oil Projects", *Wall Street Journal*, 18 de mayo de 2009, p. A6.
- Mc COY A., 2003, *The Politics of Heroin: CIA Complicity in the Global Drug Trade*, Chicago: Chicago Review Press, 2003.
- MORALES AGUILERA, N., "Apoyo para Evo Morales", en *En la misma costura word press*, 19 de septiembre de 2008. Disponible en <http://enlamismacostura.wordpress.com/2008/09/13/apoyo-para-evo-morales-de-gobiernos-latino-americanos-y-la-oea-se-lava-las-manos/>, acceso el 30 de marzo de 2014.
- MUKARJI, A. 2003, *Afghanistan: From Terror to Freedom*, Sterling Publishers Pvt. Ltd.
- OVIEDO E.D., 2011, "Modernizaciones, intereses y 'relaciones estratégicas' entre Argentina y China", ponencia presentada al Seminario Internacional "Cómo enriquecer la asociación estratégica entre China y Argentina ante las nuevas situaciones internacionales", Instituto de Relaciones Internacionales Contemporáneas (CICIR), Beijing, China, octubre de 2011, p. 7.
- PILGER, J. "What good friends left behind", *The Guardian*, 20 de septiembre de 2003.
- ROETT y R. PAZ, G. (comps.), 2008, *China's Expansion into the Western Hemisphere: Implications for Latin America and the United States*, Washington DC: Brookings Institution.
- SCOTT, P.D. 2007, *The Road to 9/11: Wealth, Empire and the Future of America*, Berkeley: University of California Press.
- STRATFOR, "China's Dream of its Own 'Monroe Doctrine'", 17 de diciembre de 2013.
- TOKATLIÁN, J.G., 2008, "A View from Latin America", en ROETT y PAZ (comps.),
- UNODC, Informe de 2013.
- 109th U.S. CONGRESS HOUSE ARMED SERVICES COMMITTEE, "Posture Statement of General Bantz J. Craddock, United States Army, Commander United States Southern Command", 9 de marzo de 2005.
- U.S. DEPARTMENT OF DEFENSE, 2006, 2010 y 2014, *Quadrennial Defense Review Report*.
- WASILEVSY, J.D., "Biodiesel, la llave para abrir el cerrojo que China le impuso a Argentina a la exportación de aceite de soja", en *iProfesional.com*, Buenos Aires, 9 de abril de 2010. Disponible en <http://biodiesel.com.ar/3129/biodiesel-la-llave-para-abrir-el-cerrojo-que-china-le-impuso-a-argentina-a-la-exportacion-de-aceite-de-soja>. Acceso el 30 de marzo de 2014.

Notas

¹ Las consecuencias de esta transacción para los negocios argentinos son ambiguas, porque Nidera podría ahora acoplarse a la estrategia china de reprimarizar el sector primario, interrumpiendo las producciones con valor agregado como el aceite y la harina de soja.

² El hexano es un solvente tóxico derivado del petróleo, que se usa para extraer el aceite del poroto.

Carlos Escudé

Ph.D. Yale University 1981. Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina (CONICET), y Director del Centro de Estudios de Religión, Estado y Sociedad (CERES) del Seminario Rabínico Latinoamericano 'Marshall T. Meyer'. E-mail de contacto: carlos.escude@aya.yale.edu